

ARGUEDAS EN SUS DEBATES

Daniel Mathews

Tengo la sensación de que resultaría muy difícil decir algo nuevo de Arguedas si nos mantenemos ajenos al conjunto de su producción intelectual y seguimos mirando sólo su trabajo literario y antropológico. Es más, en realidad del trabajo literario conocemos apenas la parte creativa, no se ha hecho una revisión de su reflexión crítica. No sólo es cierto que escribió muchos artículos tanto en periódicos (una lectura sólo de lo publicado en El Comercio ya sería interesante) como en las revistas especializadas de la época. No sólo tiene múltiples comentarios sobre literatura en los “Diarios” que inserta en El zorro de arriba y el zorro de abajo. Fue sobre todo un polemista. Y lo fue porque intentaba dar una orientación distinta a la producción literaria de su momento.

Se conoce algo de una de las polémicas que vivió. La que se produjo en torno a *Todas las sangres*. Pero si bien es cierto que él participó, lo hizo más en el papel de analizado que de analista. Era una novela suya la que discutía en esa reunión en el Instituto de Estudios Peruanos. Y lo que se produjo en verdad fue un enfrentamiento entre dos maneras de entender la labor intelectual: el novelista que considera que la vida es más compleja que cualquier esquema científico enfrentado a un grupo de estudiosos sociales que suponían que una buena comprensión de alguna teoría social bastaba para establecer verdades universales. No quiero entrar a un estudio más detenido del debate por no corresponder al tema, Arguedas crítico, y porque en todo caso puedo remitirme a los trabajos de Carmen María Pinilla (Arguedas, conocimiento y vida, Lima, PUC, 1994) y Guillermo Rochabrún (La mesa redonda sobre Todas las sangres, Lima, PUC-IEP, 2000).

Menos conocida es su polémica con Salazar Bondy, Luis Jaime Cisneros (asesores de la editorial Juan Mejía Baca) y otros en torno a la novela de Luis Felipe Angell, La tierra prometida. En 1958, Sofocleto se había puesto serio para escribir lo que sería la primera novela sobre las barriadas. Notoriamente se trataba de alguien que ve invadida su ciudad y reacciona acomodando en los invasores los peores defectos. Sin embargo alguna virtud tendría la novela cuando los referidos asesores decidieron no sólo publicarla sino premiarla y defenderla. Lo único que fallaba, clamorosamente, era el maltrato a un referente que el autor mostraba no conocer. En un comentario publicado en La Prensa (“¿Una novela sobre las barriadas?” 4-12-58) Arguedas sostuvo que en el relato de Angell había una “desventurada falsificación” del mundo de las barriadas.

La barriada era un mundo que preocupaba especialmente a Arguedas. No sólo que en lo personal tenía en ellas muchos amigos, sino que eran parte de su gran proyecto vital: derribar el muro que separa las dos culturas que conviven en el Perú. En “No soy un aculturado” Arguedas describe al pueblo indio como una nación “acorralada, aislada para ser mejor y más fácilmente administrada” (Obras completas, Tomo V, p. 13) y se muestra a sí mismo como un vínculo vivo entre la nación cercada y la parte “humana, generosa”, del mundo occidental. La barriada, los migrantes, también debían cumplir ese papel de vínculo.

Por eso le parece tan retrógrado quien quiere considerarse español sin considerar los aportes indígenas como quien quiere mantener un purismo “inca”. En “Razón de ser del

indigenismo” (Indios, mestizos y señores, Horizonte, Lima, 1985, pp. 11-27) muestra cómo un importante sector del pensamiento peruano califica al indio de imbecil. Hace un recuento que va desde la revista Mercurio Peruano hasta Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde y Raúl Porras. Son ellos los que construyen el cerco desde el que se mantienen aisladas nuestras culturas. No desconoce que hayan contribuido, por ejemplo, en “el reconocimiento de los valores positivos del mestizo”. Tampoco oculta que entre ellos había diferencias: “Riva Agüero se declara francamente partidario del fascismo lo que no ocurre con Belaúnde”. Pero critica la posición hispanista de ambos y la compara con la actitud más abierta del arqueólogo indio Julio C. Tello.

Pero si es conocida su posición pro-indígena, ésta no lo obliga a aceptar el indigenismo antihispanista de Valcárcel, por ejemplo. Y una polémica tan fuerte o más que la que tuvo sobre el libro de Sofocleto es la que tendrá cuando el padre Lira publica su recopilación de poesía oral quechua bajo el título de Canto de amor. Arguedas era un entusiasta recopilador de la oralidad quechua, tenía una fuerte amistad con el padre Lira y cuenta con gran cariño las horas que pasó en su casa escuchando los relatos de Carmen Taripha. Sin embargo no podía entender el afán de “restablecer la pureza del idioma” que muestra el padre Lira (y un sector de la sociedad cuzqueña) “limpiando” de palabras castellanas las canciones andinas. La recopilación no guarda entonces fidelidad a lo que realmente cantan nuestros indios sino que lo hace pasar por una retraducción quechuista, no el quechua realmente existente sino el inventado por una Academia. Restituir un posible quechua puro, sin mezcla hispana, sería, más allá de las buenas intenciones, fortalecer el muro que aprisiona al indio.

Esos son algunos de los debates en los que participa Arguedas. Por cuestiones de espacio apenas si los menciono y no saco de ellos todas las conclusiones posibles. Quiero, sí, dejar dos cosas apuntadas: 1) Un estudio de la polémica sobre La tierra prometida podría modificar nuestra lectura de la presencia del migrante en la creación literaria de Arguedas. Su Poema a Túpac Amaru (“Al inmenso pueblo de los señores hemos llegado”), la presencia del migrante en Yawar Fiesta o su última novela que tiene como referente central el proceso migratorio a Chimbote se enriquecen con este debate. 2) Un estudio de la polémica con el Padre Lira muestra que en Arguedas no hay ninguna utopía arcaica. No se trata de una vuelta al pasado sino de asumir la modernidad desde nosotros mismos. Su haylli al Jet es quizá una muestra de eso.